

LOS NIÑOS Y LAS PRUEBAS PSICOLÓGICAS

Por: Joel Otero Alvarez

PRIMERA PARTE

Advertencia

Este texto fue leído en la Biblioteca Departamental de Cali, en la tarde del sábado 18 de Octubre de 2003, ante un grupo de estudiantes de Psicología, de las Universidades Cooperativa y San Buenaventura de esa ciudad.

Recupera un asunto tradicionalmente psicológico, desde la perspectiva de la visión transdisciplinar, de la Clínica de lo Social. Por eso resulta demasiado apretado en ciertos sentidos y francamente insuficiente en otros.

Quien quisiera hallar reposiciones decisivas en él, se podría sentir más que desencantado. Aunque tampoco se puede negar que es un nuevo paso en la consolidación de una propuesta que estuvo detenida por varios meses y que ahora recupera su ruta.

EL NIÑO Y LO NIÑO

La creencia y la observación.

UNO. Corrientemente se piensa que decir “el niño” o bien “un niño”, no implica diferencia mayor. Sin embargo, si bien se lo ve, el poder referirse indiferentemente a “el niño” o a “un niño” a propósito de una misma resultante, demuestra que es imposible aislar adecuadamente a nadie a partir de esa demarcación.

Es claro que la inclusión de uno u otro artículo (“el” o “un”), sólo decide la determinación o indeterminación de un objeto.

Se trata, en realidad, de un asunto más complejo aún.

De una parte, cualquiera de las variantes, puede incluir la referencia a una condición que se establece entre la envolvencia del concepto (el Niño, escrito entonces con mayúsculas) o la particularidad de lo más inmediato y visible (un niño dado; este específico niño; el niño X, hijo del Sr. M y/o de la Sra. Z).

Literalmente, el niño puede ser, al tiempo, la denominación que se emplee para hablar, o bien del ser más definido y determinado; o, en cambio, del concepto envolvente que incluye a todos los niños habidos y por haber. Pero, ese Niño con mayúscula, es del orden de lo intangible.

Por eso, cuando se dice: “El niño, ¿qué edad tiene?”, se trata de “un niño” en particular, de “ese niño” en tanto tal; un modo único del genérico Niño de siempre.

Dado todo ello, resulta claro que la igualación puramente nominal que el lenguaje permite entre lo más universal y lo puro concreto, hace creer -sin que esto genere confusión alguna- que “el niño” y “un niño” no hacen entre sí mayor diferencia.

Pues el Niño, como idea, reúne en un conjunto sin límites, la totalidad de las peculiaridades de allí resultantes. Independientemente de su determinación o indeterminación.

DOS. De otra parte, si se piensa apenas en lo indeterminado, un niño puede ser un indefinido niño, ubicado -sin embargo- en un contexto más o menos preciso; o bien, cualquier niño en general.

Por ejemplo, cuando empiezo a sumar niños, comienzo por decir, “un niño, dos niños”, etc. Pero es válido también plantear que “un niño dado, sin entrar a definirlo mayormente, no come demasiado en determinados casos, y, en otros, puede ser francamente desbordado con el alimento”.

Esta curiosa condición de ambigüedad que lo indeterminado incluye, sería algo menor si no ilustrara el problema de la Psicología toda, desde que, obligada por su aspiración científica a capturar leyes universales (de entrada, el alma como concepto, o cualquiera de sus equivalencias posteriores), paradójicamente decide su territorio en relación con lo más individual y específico: el alma de cada quién.

TRES. Reconocido lo anterior, cabe ahora indagar, en este último específico sentido: ¿qué es entonces, “un niño”?; ¿qué lo decide, para comenzar, en su universalidad indeterminada?.

Reconocido que “un niño” es cualquier niño y que, desde su indeterminación, nombra al tiempo, el universal que le acoge y la particularidad a la que aspira, un niño puede ser decidido por múltiples claves, más o menos evidentes; más o menos esenciales.

Pues bien: si se desea empezar un paso más allá de lo puro inmediato, podría comenzarse por decir, por ejemplo, que “un niño” es quien, a su modo, *Cree*. Quien tiene un *modo muy particular de creer, de darse a la creencia*.

Mas ¿qué?. ¿No cree todo el mundo?.

Justamente: nunca como lo hace un niño obligado, prácticamente, a creerlo todo.

Sólo, cuando se es niño, se puede creer así. Creer, se quiere decir, en todo cuanto se dice.

CUATRO. Pero -esto es más que sabido- “un niño” no es apenas una ingenuidad consolidada; un niño, en realidad, es también quien observa todo por primera vez.

Y un niño, sin duda, es quien investiga; quien escudriña incansablemente, en todo lo que enfrenta, la verdad de cuanto se le dice. O sea, quien, más allá de su supuesta credulidad inocente, posee la capacidad de descreer también; de someter a rigurosa y peculiar confrontación las informaciones que, de múltiples lados, recibe.

Y este modelo investigativo no coincide tampoco con la forma racional y predeterminada como corrientemente investiga un adulto (cuando ello se da; pues no es tampoco una condición inevitable allí; como sí acontece, efectivamente, en el caso de todos los niños).

Sencillamente, un niño no puede negarse a investigar porque se enfrenta a lo nuevo desde una obligada y precaria localización inaugural.

CINCO. En todo niño, *lo humano*, desde lo niño, *crea a lo humano*. *Lo humano*, en un niño, *interroga a lo humano*. Pues, hasta cuando se enfrenta -aparentemente sin mediación de semejantes- al mundo, sólo puede reconocerlo con herramientas heredadas de allí.

Conviene en este punto una pequeña pero decisiva digresión: esa fe, desde lo humano reciente, en cada niño que la porta, no es necesariamente religiosa. Es más bien a la inversa. La religiosidad nace a partir de esa fe a la cual, ningún humano, puede renunciar. Es una forma de esa fe. Se apropia de esa fe y la reinterpreta.

Igual, el descreer. Se diría que el descreer, por ello, apenas se sostiene si no se reconoce en su pura negatividad de suplemento. Simplemente, que el descreer sería un derivado de la creencia. Una consecuencia en negativo de esto que decide lo niño¹.

Pero el descreer, en cambio, es tanto más decisivo; sin duda, francamente autónomo con relación a la mera creencia.

SEIS. Veamos: nadie podrá negar -y esto no ha de ser la primera vez que se plantea- que un niño siempre, al menos al recién nacer, es un primer hombre. Pero es también, al tiempo, un último hombre. El último que viera la luz, después de inagotables precedencias. El primero que la ve, para que resulte posible, simplemente, que nazca.

Pues bien: dado y reconocido todo ello, ¿de donde emerge esa urgencia de fe y este simultáneo descreer, si no se trata de una sobredeterminación religiosa?.

Nace del terror. El terror es el primer sentimiento de quien es el primer hombre. Y, ante la indefensión que genera el terror -dentro del cual, a pesar de todo, se persiste- no resta más que la fe del sobreviviente, la fe del último hombre, del más reciente.

La creencia es, pues, la primera defensa ante el terror. La progresiva certeza de que se sobrevive a pesar del terror. La inaugural confianza en eso que, desde afuera, protege y permite continuar, más allá de toda amenaza de extinción. Si ello después se repleta de dioses es -al menos psicológicamente visto- a partir de una clave francamente segunda, derivada.

SIETE. Como esa credibilidad y esa posición escéptico-investigativa de base, tienen origen en otros registros -igualmente presentes en todo niño; que proceden de niveles aún más hondos y primordiales; irreductibles e inaprehensibles- un niño resulta siendo casi impensable, dada la complejidad de cuanto lo rodea y dada, al tiempo, la simplicidad de las resultantes que encarna y -hasta donde puede- asume.

La creencia -se ha dicho- nace del terror, de la indefensión. Sabiendo esto, quienes cuidan del niño, crean en él, paulatinamente, una certeza de protección que, si bien resuelve y reduce muchos temores, no está del todo garantizada. En cualquier momento puede desaparecer, perderse, cambiar.

Como fuere, al final, se consolida la convicción de lo existente que da, a cada ser humano, la seguridad indispensable para vivir. Y, a partir de esto, se trata de ignorar ese definitorio sentimiento inicial.

Pero esa indefensión originaria -se sabe de la manera más decisiva y, con toda certeza, desde Freud- nunca desaparece. Subyace y decide del modo más primordial e inapelable.

¹ Lo niño es un concepto que, para beneficio de la exposición, se definirá más adelante.

OCHO. Entre la observación y la creencia, pues, el niño -cualquiera que fuere- discurre. A través de su historia se generan fracturas, incompatibilidades, bloqueos, complementos, confirmaciones, que dan a su recorrido especificidad irrepetible.

No importa que tenga o no hermanos, vecinos, amigos, con los cuales comparta o no, la mayoría de las experiencias. Como fuere, cada quién las vive según su estilo y le resultan, a partir de un determinado punto, tan personales como intransferibles.

¿Quién podría negarlo?: todo niño es una resultante donde se escenifican recorridos que reponen sucesivas e inevitables etapas vitales; pero, esas travesías son siempre singulares.

El niño, al final, por todo ello, no es un mero concepto; es -si no se quiere ser excluyente- un espacio a ocupar; un espacio siempre encarnado; incluso -visto todo desde la prelación de lo estético-, más bien, en cada caso, se trata de un escenario, donde discurren personajes que se unifican en un conjunto, de forma múltiple e inagotable; no tanto y no sólo a la manera de las representaciones teatrales; en cambio, toda alma de niño ha de ser una suerte de ciudad desdoblada, de ciudad interior, donde habitan todos los seres que la representan y que, de un modo u otro, aportan a la Ciudad misma, a su permanencia y conservación. A su reproducción.

Es esta la razón por la cual no resulta suficiente decir “el niño”, como si se tratara de la persona cerrada sobre sí, dueña de su particularidad intransferible donde, progresivamente, se unifica y consolida una reconocible evidencia.

NUEVE. O sea: no francamente a la manera de un escenario literal, con decorados, libretos, tramoyas y, personajes, debidamente asumidos y sostenidos por actores.

Más bien, una espacialidad singularizada y, a cada paso, repuesta sobre el ancho territorio de lo humano, donde los lugares deciden formalizaciones y especificidades; y que, al final, como por la ruta de un ordenador, se unifican del lado de la resultante propiamente dicha: la persona misma; en este caso, el niño. El niño, quien -sin duda- progresa desde lo puro humano hacia la franca escenificación de lo urbano.

Pues es un modo; sostenido, en realidad, desde esa condición de lo urbano; duplicado y diferenciado a partir de allí, en la pura resultante que, todo niño, entonces es. En enlace perpetuo con la obra humana. Obra humana él mismo. Tecnología en ejercicio. Autónoma y dependiente al tiempo.

En síntesis: esa localidad psíquica está habitada por pluralidades; por voluntades múltiples; por aspiraciones encontradas y complementarias que terminarán por acceder a verdaderas personalizaciones.

Sus voces, desde lugares de lo social; sostenidas por funciones; exigidas a partir de ahí, se formalizan cada vez más y cobran el tono, entonces sí, de verdaderos personajes que siempre encarnan en el mismo actor: el niño.

Al final, el ser humano redondeado -hasta donde es ello posible- adquirirá una indescriptible versatilidad, una incomparable capacidad de combinar y de cambiar de modelos, según las circunstancias dadas, lo impongan.

La estética de lo neutro

UNO. El recurso de asumir lo evidente desde lo neutro ha permitido, en anteriores ocasiones, abordajes decisivos en cuanto al extrañamiento de los conceptos y las realidades.

Lo neutro permite captar, casi de modo constante, matrices formalizadoras; estéticas, por ende; asumiendo, en lo fundamental, lo estético como el dominante apuntalamiento de las formas; presentes, de manera indefectible, en toda resultante.

De otra parte, aunque no se trata aquí de ahondar en conceptos siempre complejos e inagotables, sí conviene localizar y precisar algunos que resultan, por una u otra razón, determinantes.

DOS. Lo social no coincide con lo humano, por supuesto.

Lo social -es bien sabido- puede abarcar niveles aún más amplios; lo animal, por ejemplo. Y, aunque lo humano también, lo hace de una forma tan diversa que, por sólo ello, no se podría reducir lo humano a lo puramente social.

Lo humano, más bien, al desprenderse de lo animal arma singular recorrido social; diverso de las sociedades animales, donde los encuentros, apenas preludian el desprendimiento que lo social y lo humano grafican, de manera progresiva e irreversible.

Pero existen, a pesar de todo, zonas de confluencia que tornan indispensables y decisivas cuando se busca ubicar lo psíquico en cualquiera de sus expresiones.

Cuando se dice, por ejemplo, lo social -en cambio de aludir de un modo más directo a la sociedad como tal- se trata de un registro que define, a partir de la forma -y ésto, de un modo predominante- las diversas resultantes humanas.

Lo social, entonces, ilustra -al tiempo que demarca- la trans-formación que, colectivamente, comporta lo humano desde su animalidad de base.

TRES. Lo humano -que es a su vez, como lo social, matriz formalizadora- se despliega a partir de esta progresiva autonomización de lo animal y genera, con ello y para ello, la obra civilizadora; la gran Ciudad.

Irrumpe, entonces, el predominio de lo urbano, como registro desde el cual, lo social y lo humano se consolidan como claves cada vez más autónomas.

Lo urbano es, pues, la tercera matriz formalizadora en cuestión. Si bien, originariamente, lo urbano pareciera suceder a las primeras (lo social y lo humano), lo cierto es que, a su vez, podría derivar dominante y primordial cuando se observan los asuntos a partir del registro de lo más contemporáneo; en la óptica de las más recientes resultantes.

Lo cierto es que, esas matrices se superponen y distinguen de continuo, según se trate de uno u otro abordaje; de una u otra combinatoria; de este o aquel específico acontecimiento; o de esta realidad concreta.

Vista desde esta perspectiva, cada resultante tendrá una dimensión decisivamente diferente de cuanto la evidencia de lo empírico hace, de continuo, presuponer.

Lo niño y el niño.

UNO. No es conveniente en corto espacio, recurrir a un exceso de distinciones.

Sin embargo, una vez ubicados esos tres nichos de formalización envolvente (lo humano, lo social y lo urbano), conviene localizar un cuarto concepto que nos coloque en la especificidad del directo interés de esta reflexión. Y que no resulta ausente de ubicaciones previas.

Se trata de lo niño -que, por evidente que parezca, no sobra recalcarlo- es, en tanto concepto, lo neutro del Niño (con mayúscula).

Lo niño -como lo infantil, la infancia o la niñez²- son recursos necesarios para ubicar toda exploración que no quiera reducirse a la mera descripción de datos; que no busque renunciar a la problematización de los asuntos, más allá de lo escuetamente personal.

DOS. Pues bien, decir “lo niño” permite, sin duda, poner una distancia sobre cuanto convencionalmente se asume, cuando se habla a secas de la persona del niño.

Un niño, es bien sabido, está sostenido directamente por la inmediatez de la evidencia empírica; como tal, decisiva.

Lo niño, en cambio, es del directo registro de lo humano.

Un niño, visto en cambio desde esa perspectiva que incluye lo niño, es un modo de lo humano que, por decir algo, se reestrena de una parte y, de otra, se domestica.

Lo niño amarra a cada niño a un conjunto formalizador que permite ubicarlo, estudiarlo, reconocer las claves estéticas que lo deciden y sostienen.

Y es porque lo niño es un registro estético-formal, inicialmente sin soporte visible, pues alude a una condición francamente suprapersonal.

TRES. Sin embargo, lo niño no es una mera abstracción. Comporta también una obligatoria corporalización. Sólo es pensable como forma que encarna; como registro que inevitablemente se explicita. En realidad, emergencia reciente; forma en pleno despliegue que renueva la oferta de lo humano.

Lo niño es pues, equivalente de lo humano, sólo que en su acepción más novedosa y primordial. Por ende, su manera de emerger no se reduce a la única opción de lo individual.

Lo niño resulta ser envolvente y colectivo; como clave de calidad que es, no se subordina nunca a la opción de la escueta emergencia que cada niño encarna.

Los pueblos primitivos, a pesar de antiguos, lo ilustran ya; lo más anciano retrata lo más niño, entonces.

A lo niño, a su vez, se le recupera por la ruta del arte; de la creación, en general; del descubrimiento, en sus diversas posibles opciones de realización; y, ello apenas si se enlaza de modo literal, con cada niño posible o particular. Pues, si bien cada niño pone en acto, inevitablemente, lo niño -¿cómo, si no?-, ello no comporta coincidencia plena ni resolución definitiva.

CUATRO. Como fuere, un niño es un representante de lo niño y, visto así, es ante todo, un inmenso problema; no un punto de partida evidente e indiscutible.

Sin embargo, cuando se dice que entre un niño y lo niño se establecen distancias decisivas que corrientemente se ignoran, no sólo se enfrenta algo retórico o relativamente descartable. Lo cierto es que se trata de polos diversos de una misma realidad.

El polo más visible donde cada niño resulta, encubre otro polo puramente cualitativo -lo niño-; extremos que, si bien aparecen inevitablemente unidos, a su vez se desconocen de modo radical; como las dos caras del dios Jano.

La fusión deberá ser descubierta, puesta en evidencia, desde su condición inicial de ocultamiento.

Y es que -reiterémoslo- lo niño, no es otra cosa que una recomposición de lo humano donde, lo nuevo, lo recién estrenado, torna decisivo.

² Estos conceptos han sido trabajados en escritos anteriores.

Y es por esa vía que, cernido de continuo por lo social y transformado en una resultante contundente, se deberá entender, finalmente al niño, en tanto resultante humana reciente, diseñada por el codificador social, como un nuevo y definido modo de lo urbano.

CINCO. Un niño, en tanto modo de lo urbano, en realidad ¿qué significa?.

De hecho implica que repone, de una forma u otra, alternativas que sólo el despliegue de la Ciudad permite.

Es un punto donde, el alma de la Ciudad (lo urbano), encuentra opción de despliegue.

Cuando se dice que la Ciudad tiene alma y que, en su animación, se trata entonces de lo urbano, se alude con ello a que lo urbano es una suerte de atmósfera, decisiva aunque intangible; involucra definitoria e invisible donde se soportan y condicionan las resultantes que en su ámbito discurren.

El alma individual de cada quién es, por ende, resultante en lo urbano, expresión de lo urbano; y no ya, prioritaria reposición enigmática de un origen indescifrable, como siempre se le quiso pensar.

Lo urbano escribe, desde sus redes tecnológicas, sus resultantes, dicho todo de un modo más contundente y redondo.

SEIS. En realidad, el despliegue de lo tecnológico -condición decisiva para la primacía formalizadora de lo urbano- ha hecho que un niño sea muy otra cosa de cuanto tradicionalmente se reconocía como tal. Y, con el niño, el resto de las resultantes humanas y sociales.

El cuerpo mismo, por decir algo que lo ilustre, ha dejado de ser una realidad en sí, ajena al ordenamiento de lo ciudadano.

El cuerpo es hacedura de lo urbano, producto en y desde lo urbano, también.

Significa entonces que, así los cuerpos se movilizan del modo como lo hicieron siempre; incluso, antes de que se diera efectivamente Ciudad, se han ido transformando en resultantes tecnológicas que sólo las reponen el despliegue de lo urbano; el alma que los anima resulta siendo por todo ello, efecto de Ciudad; antes de aislado y aislable referente originario, luminoso e irreductible.

O sea que, asumido todo ello, cada niño es una formalización de lo humano desde la Ciudad. No sólo el hijo de Fulano y Mengana que están pidiéndote una cita psicológica para que lo trates. Aunque ello no pueda, por supuesto, desconocerse.

SIETE. Conviene reconocer pues que, si la clínica psicológica tradicional se aferra, por una ruta francamente empírica, a la ubicación de sus asuntos desde el abordaje directo de personas concretas; a partir de individuos específicos, cuya sola presencia los evidencia como indiscutibles, habrá de ser en la medida en que se ignoran y se desconocen estas decisivas condiciones estéticas.

Lo cierto es que, el habitual modelo clínico-psicológico desconoce esta realidad de lo que, sólo se hace visible, cuando lo clínico suma lo estético (asunción de las resultantes, a título de formas, se quiere decir; no de evidencias indiscutibles e inmediatas que agencian de puntos de partida en toda aplicación; por refinada que ésta termine siendo).

Lo estético-formal allí, en cambio, suple lo personal; entonces sí emergen, decisivamente, como francos iluminadores, conceptos que se conjugan a partir de lo neutro.

En efecto, desde esa prelación de lo neutro es como se difumina la evidencia de lo más inmediato y aparente.

Sólo en tanto se parte de ahí, es posible remontar la visión recogida y aplanada; la mirada descriptiva, individualizada, especializada; se accede a un abordaje francamente trans-disciplinar³.

Las formas, obtenidas y captadas como resultantes textuales, demandan anexar a lo clínico la corpórea tridimensionalidad de lo estético. Y, desde esa segunda clave de lo neutro (o sea, desde lo estético), establecer el enlace con las tres matrices formalizadoras, inagotables y complementarias: lo humano, lo social y lo urbano, para que se consoliden particulares resultantes; es así como, *lo neutro (lo humano, lo social y lo urbano)* que ahora suma *lo neutro (lo estético)*, encuentra su fundamento más basal y definitorio, en una voluminosidad constitutiva e integradora.

OCHO. Lo clínico-estético comporta abordajes donde las prácticas terapéuticas se resuelven desde la constante asunción crítica de los temas. No en referencia con claves adaptativas a modelos sociales, más tarde o más temprano, reconocidos como evidentes. Incluyendo tales modelos (las propias prácticas terapéuticas) en cambio, decisivamente; y, por ende, como condición teórica a revisar en primer lugar, siempre.

Lo clínico-estético somete a exploraciones reflexivas continuas la tradición clínica misma. Reconocido todo ello, el abordaje trans-disciplinar de la Clínica, propicia, impone, el diagnóstico de lo social, pues lo expresa y nace de su dominio. Nunca podrá ser, en cambio, evidencia de procedimientos indiscutibles, autónomos, como de continuo hace creer la progresiva especialización de los recursos.

NUEVE. Visto todo así, si se apela a lo clínico-estético ha de ser porque se aspira a resolver problemas que resultan ser siempre, en y desde lo social; a partir de allí, se descifran y leen las patologías, corrientemente atribuidas al despliegue inconveniente de lo escuetamente individual. Lo social, por la ruta de lo clínico-estético, se lee y se descifra en cambio, detrás del malestar y las disfunciones; se reconoce como el tema mismo de lo clínico; como el objeto a trans-formar. Que no el niño, al menos en su acepción corriente.

Pues, si el niño es un modo de lo urbano (que recupera así el entronque entre lo humano y lo social), la Clínica debiera ser, en primera y última instancia, develamiento de lo social; remodelación de lo social; Clínica de lo social (que deletrea los nudos de estancamiento, donde lo humano y lo urbano se contaminan y bloquean).

DIEZ. El niño es mero encubrimiento de otras realidades cuando se le mira apenas en tanto que persona aislada y, en cierta forma, responsabilizada de la resultante que es.

Sólo deviene descifrado en su verdad última -y en la verdad de sus síntomas- cuando se le reconoce como encarnación de un problema, signado desde lo humano, lo social y lo urbano.

Y ello se evidencia ya si se atiende a la forma como el niño es llevado a consulta.

En efecto, un niño que llega a la consulta nunca es autónomo en esa decisión. No por nada, siempre es conducido por alguien; por uno o más adultos.

Que es ello lógico e inevitable, se podría contra-argumentar. La verdad es que cuanto interesa no es tanto un determinado proceder -por lo general, bien intencionado-; se trata, en realidad, del sentido que en ello se oculta y las implicaciones que su desconocimiento acarrea.

³ El abordaje trans-disciplinar implica el reconocimiento de una mirada contrapuesta al modelo especializado que la disciplina psicológica, en su acepción científica tradicionalmente comporta.

ONCE. Antes del desciframiento psicológico, hay, si se quiere, un diagnóstico previo que ha decidido y ubicado ya, la condición de patología o anormalidad desde donde se justifica una iniciativa tal.

El problema, cabe preguntar -una vez se reconoce el sentido de esta condición inaugural- ¿dónde está?.

Es claro que, siguiendo la ruta más convencional, lo debiera portar quien decide solicitar la consulta. Al menos, lo apuntalaría.

Por ende, el sólo incluir o no este presupuesto, determina estrategias terapéuticas diversas.

DOCE. ¿Significa ello que el niño es ajeno de toda patología; que no se trata ya del niño? ¿Comporta, acaso, cambiar el paciente por quién, en primer lugar, plantea la demanda o generalizarlo todo como una problemática extensa e inabarcable?

No. Significa que cada quien aparece ubicado en uno u otro lugar, en tanto se da resultante-problema. Dicho con otros términos: en cuanto se plantea una resultante-problema se participa allí, en la medida en que el problema así lo determina. No es -al menos en primer lugar- un asunto de personas, se quiere decir. En realidad, el tema es una específica problemática. Y, ninguna otra condición distinta de esta, decide el abordaje que se impone.

Y, aunque suene dudoso y desbordado, se trata de la Ciudad que, desde un problemático modo suyo (el niño) interroga a la Ciudad, a partir de otras de sus múltiples modalidades (lo terapéutico).

O sea que siempre, así se ignore, se trata la Ciudad.

Los niños

UNO. Se ha dicho previamente que, dado que el concepto universaliza la realidad empírica; o sea -para el caso en cuestión-, dado que el Niño, en tanto concepto, emerge sobre la inmediatez de un niño específico, necesariamente se están incluyendo realidades que, sin embargo, corrientemente, no resultan visibles.

Cabe reconocerse que -no siendo una mera versión teórica, que enriquece pero no consolida- se da siempre la existencia de un lugar allí que inevitable, indistintamente, es ocupado por este o por aquel otro niño.

Es el lugar -encarnación para el concepto- donde caben, por decirlo así, todos los niños. El lugar desde donde se reúnen, en claves integradoras, los niños en su conjunto. No sólo en tanto resultantes puras, escuetas. Más bien en cuanto enlazan con órdenes envolventes que los deciden, los completan y los determinan⁴.

Justamente, a partir de entonces, la condición social, se expresa como prioritaria.

DOS. Por todo esto, caben reconocimientos tan aparentemente visibles, que podrían escapar de su convalidación (y, con ello, de significaciones imprevistas).

He aquí otra forma de ejemplificarlo: no hay niño que no sea hijo.

¿Qué suma, en realidad, que un niño sea, al tiempo, hijo?.

⁴ Se habla entonces, por decir algo que lo ilustre, de “instancia de masa” que es un registro que sobrevuela lo individual y lo trans-forma en modo siempre; modo de algo más basto; de algo más uniformante, incluso.

Es casi inevitable, así no sobre resaltarlo: el niño, en cuanto hijo, evidencia la prevalencia de una relación.

Desde que se completa con una madre, en primer lugar; e inevitablemente, a partir de ahí, con un padre, presente o ausente; e, incluso, una familia, un barrio, una ciudad, etc., que lo define y decide -resultantes urbanas todas ellas- el niño, en tanto entidad en sí, se abre a infinidad de opciones que, sólo incluyendo lo social, resultan reconocibles.

Y, todo ello, reemerge en la consulta a partir de la mediación estética que lo torna interior; que recompone paisajes y personajes, desde la voz del niño.

TRES. Más aún: no sólo el niño llena su mundo psíquico con multitud de seres y paisajes; en cada caso, dado lo relacional, un personaje que, en cualquier caso, pasa a representarlo, ocupa un sitio en el escenario interior que el niño es y hace hablar a la persona del niño, de un modo u otro, según prime esta o aquella condición de complemento; este o aquel lugar, signado desde lo social.

Junto con el niño, desde su intimidad, un ejército de dobles crecerá, sin necesaria interrupción⁵. Y, en cada caso también, cada niño, no tendrá por ello que perder su singularidad. Antes, por el contrario, evidenciará la clave formal que le hará ocupar diversos lugares y desplegar gran variedad de juegos relacionales de un modo propio e intransferible. Sin ser prácticamente conciente de cada oscilación, de cada modificación, de cada reapuntamiento. Sin que, además, los personajes que entonces encarna parecieran diferenciarse, a cada paso, del niño mismo.

CUATRO. Por eso, cuando un niño llega a la consulta, está llegando, sí, el pequeño Julián o la pequeña María; pero, con él o ella, también ha ingresado allí la Ciudad toda. Un modo desde la Ciudad, al menos; expreso así.

Mejor decir, un modo de lo urbano que ingresa en otro modo de lo urbano; en una ingesta que, sólo la Ciudad como tal permite, pues se alimenta así.

Más allá de su inmediatez y física presencia, el niño que llega al consultorio es una resultante que, a pesar de su singularidad, es verdaderamente una escenificación urbana. Incorporado ahora, desde otro armado tecnológico (la parafernalia terapéutica) que le impone, inapelablemente, el imperio de su lógica, de su propio discurrir. Que lo interpreta y determina; que lo remodela y reacondiciona.

CINCO. Más aún: también entonces, el padre o la madre (o quien quiera que lleve el niño a consulta), dueños indiscutidos de su propia singularidad, no son menos modos de lo urbano, incluidos en la escenificación terapéutica; efectos de lo social, a su vez; ni que decirlo, presencias encarnadas de lo humano.

Igual, el terapeuta; la terapéutica misma; la demanda posible; en fin, el armado tecnológico que todo ese conjunto suma, se integra como resultante urbana.

Efectos de Ciudad. Escritura urbana en ejercicio. Escenarios de pluralidad que buscan la síntesis y que, al tiempo, se deciden desde inevitables registros de poder y desde apuntalamientos que aspiran a armar continuidad indiscutida, los recursos terapéuticos se instalan decisivamente allí.

Las pruebas psicológicas -¿cómo si no?- se anexan también.

⁵ En realidad, los personajes son formas desmaterializadas, sostenidas, desde la escenificación interior. Pueden, por ello, representar al propio niño o a otros a los cuales apropia y recluye dentro de sí. Es claro que se trata ahora del primer caso.

SEIS. ¿Es todo entonces “modo de lo urbano”?

¿Cae cada asunto en el mismo bolso, uniformándose así de simplemente?

Es claro que la unificación se decide en la medida en que se trata siempre de resultantes. Pero, esas resultantes portadoras de especificidades que les hacen únicas e incomparables, en tanto se les reúne en un conjunto, adicionalmente alteran la peculiaridad de cada elemento que entre en juego allí. Y, en cada punto de la escenificación, emergen formas que son resultantes a su vez; y que no se resignan a desaparecer, a no actuar decisivamente; con todo vigor.

Por todo ello, las resultantes de conjunto son siempre diversas, más allá de la aspiración inevitable a uniformarlas.

Dado esto -si puede reconocerse cada cuestión colocándole, indistintamente, la etiqueta (“modos de lo urbano”)- se trata, primordialmente, del abordaje que aspira al reconocimiento de singularidad en la resultante, como condición indispensable para el redondeamiento de la tarea de desciframiento textual.

SIETE. Es, por la singularidad que portan las diversas resultantes que, lo textual torna capturable de manera puntual; por decirlo así, torna legible. Es ello, al tiempo, condición indispensable para aprehender -de manera progresiva, aunque nunca completa- el mapa de conjunto, el texto envolvente e inagotable.

Asumido que todo se juega en y desde lo escritural, su lectura será cuanto -aún dado el caso de un modelo ingenuamente empírico, ajeno de la conciencia de su implementación⁶- resulta absolutamente obligante.

Desde entonces, nada garantiza que, el texto -meramente descriptivo- de lo más aparente, coincida con el texto más básico y decisivo, a partir de cuyo develamiento la trans-formación se hace posible.

Sabido es, en cambio, que esa coincidencia nunca se da.

OCHO. ¿Qué significa ello?. Esa singularidad tan decisiva, ¿proviene acaso de las nebulosas?

Si es válido lo dicho previamente, estará necesariamente graficada. Será escritura y se tratará siempre, de su lectura, de su desciframiento⁷.

Por ello, dada una resultante humana, en tanto red que reapuntalan lo social y lo urbano, estará decidido a título de texto; y, su lectura se impondrá, en cada caso, como inevitable.

Es esa la razón por la cual toda resultante pasa por ahí; y, al tiempo, porta una dimensión intransferible.

NUEVE. Pues bien: no se va, por supuesto, a poder dar cuenta aquí de las claves de singularidad que deciden cada una de las cuestiones previamente mencionadas.

Se trata sí de referirse al asunto específico que interesa más: las “pruebas psicológicas”; sin ignorar la forma como la aplicación y la inclusión en un contexto más complejo les altera y enriquece.

Pero, entonces, sin desconocer la reinterpretación que se impone desde una mirada trans-disciplinar; a partir de un sesgo clínico-estético; extremo opuesto del modelo empírico.

⁶ La lectura obnubilada desde lo empírico, impide reducir a escritura las claves específicas de las resultantes. Sólo surge en tanto ve allí evidentes puntos de partida; indiscutibles realidades, redondas y aisladas.

⁷ Sabido es que la singularidad coexiste con el modo de lo urbano en la resultante de lo más visible. Su diferenciación descontaminante hace saltar la escritura latente, la lectura posible de cuanto, de otra manera, se aferra al registro ilusorio de lo más inmediato e indiscutible.

SEGUNDA PARTE

LAS PRUEBAS PSICOLÓGICAS

La medición y el diagnóstico

UNO. Las pruebas psicológicas son el polo más empírico del *poner a prueba lo psíquico*. Sabido es que, por tradición, las pruebas psicológicas son de dos tipos muy claramente diferenciados: clínico-proyectivas y de medición.

Aquí, de hecho, se hace alusión a las primeras, aunque resulta inevitable una mínima ubicación de las segundas.

Corrientemente, se asume que las pruebas en mención son fundamentalmente modelos de aplicación desde lo psicológico; arman, por sólo ello, registro clínico.

Inadecuadamente reunidos siempre lo teórico y lo práctico desde la escueta convalidación del aplicar, las pruebas proyectivas, mal que bien, son eso: un probar, al nivel más inmediato, presupuestos teóricos de base, cada vez menos expresos y decisivos.

Nadie niega, sin embargo, que se tratará siempre de localizar estructuras predeterminadas; y, ya en dimensiones más específicas, demarcar y distinguir focos patógenos, incluso de registro orgánico, cuando afectan decisivamente el comportamiento anímico.

Para el caso de las pruebas de medición, el entronque entre la teoría y la práctica parece aún menos determinante.

DOS. En toda experiencia -aunque se lo desconozca y recomponga suplementariamente- lo teórico y lo práctico son indivisibles.

Por eso, las pruebas psicológicas -más allá de toda intencionalidad empirista- son siempre un probar la validez de supuestos teóricos; aún en tales casos de medición.

Sin embargo, cuando se afirma que se trata de medir -por decir algo- en una empresa, un índice específico -por ejemplo, la motivación- la verdad es que el concepto allí, tarde o temprano, se reduce a la escueta localización selectiva de un punto en la dispersión de un conjunto poblacional, donde todo se organiza de acuerdo con supuestos estadísticos predeterminados (curva normal, rangos de distribución, etc.).

La motivación, entonces, se asume como dada, así se trate -tal cual de hecho acontece- de algo francamente enigmático, más allá de su mera definición.

Al menos, cuando se pretende evaluarla, nunca se busca priorizar su reflexión. Sólo emplearla, asumida como puntal inamovible y evidente, para lograr otros desciframientos; por ende, casi como un instrumento indiscutido ella misma.

Paradójicamente, la prueba psicológica sirve para sostener el concepto (motivación en este caso) de un modo irreflexivo y mecánico.

TRES. La inteligencia es otra ilustración posible -acaso más clásica- de cuanto se ofrece a la medición, cuando de las pruebas psicológicas se trata.

Problema tanto más grave desde que, remontando el escueto uso convencional de los conceptos, se puede hablar sin restricciones de “inteligencia múltiple”, de “inteligencia autista”, de “inteligencia artificial” incluso -y otras tantas variantes actuales que delatan hasta dónde, sin una vigorosa reactualización teórica, el empleo de pruebas psicológicas, resulta progresivamente inadecuado.

Lo cierto es que, mientras el modelo aplicativo-evaluativo se fragmenta en mil pedazos -en buena parte, impotentemente congelado en referencia con su autorreflexión-; las cosas cambian de un modo desbordado e inocultable.

Como fuere, nada excluye que se siga suponiendo que la inteligencia es capturada en cada quién, de acuerdo con similar proporción distributiva, en términos escuetamente estadísticos; lo cual, en efecto, emerge a partir de los resultados que brinda, con objetiva precisión, una prueba psicológica específica.

CUATRO. De un modo u otro, la inteligencia -que engrosa el listado de facultades del alma desde tiempo inmemorial- se confirma así, sin obligatorias y engorrosas demostraciones, en su supuesta realidad indiscutible y objetiva; como que, siendo ella misma evidencia inobjetable, comporta conceptos y conjuntos ideacionales, de muy diversa procedencia (coeficiente intelectual, genialidad, normalidad y retardo, etc); y, con indudable asidero en la realidad.

La verdad es que, a partir de esta cómoda confirmación de existencia, la inteligencia, aplicativamente vista, se adapta a las especificidades del instrumento, en una coincidencia feliz e innegablemente demostrativa.

CINCO. En efecto: asumido lo anterior, habría de decirse que, una vez activado el instrumento (la prueba psicológica), éste mide cuanto la inteligencia permite; pues -y ¡entiéndalo quién pueda!- dada la inteligencia, el instrumento, a partir de allí, igual se decide.

Todo, en una complementación contundente y apabullante; en realidad, sólo posible, desde la más evidente condición tautológica.

Pero -¡vea usted!- como fuere, la inteligencia -indiscutida siempre- se podrá medir.

Y, desde entonces, no habría de ser muy distinto todo, en relación con las posibles mediciones del resto de las “facultades del alma” y sus derivados.

Aunque la conciencia -que se sepa, la más cierta de todas las facultades del alma- no se mide nunca.

El poner a prueba lo psíquico.

UNO. Si, en algunos casos, el uso del neutro resulta ser clave para acceder a la dimensión estética de lo psíquico, con frecuencia, a su vez, el énfasis en el verbo enfrentado a la dominancia del sustantivo, permite anteponer lo explicativo frente a la opción de la mera descripción.

Dicho de otra manera: al distinguir un accionar, de la escueta denominación (digamos, el “probar” -o el “poner a prueba”-, contrapuesto a las “pruebas” propiamente dichas), por sólo ello, se hace posible ubicar una distancia decisiva que permita problematizar un determinado asunto.

DOS. Visto todo así, cuando se dice “pruebas psicológicas”. ¿qué es cuanto se busca entonces, en medio de todo “probar”?

¿Qué significa, en verdad, “poner a prueba” desde el saber de “lo psicológico”?

Una cosa es, sin duda, lo psíquico; el asunto en sí. Otra, su estudio (lo psicológico).

Se pone a prueba lo psíquico, lo anímico como tal, a partir de lo psicológico (el tratado sobre el alma); igual, se pone a prueba el conocimiento del alma, a partir del despliegue de lo psíquico mismo.

Pero es la aplicación, la que coloca en primer plano el probar lo psíquico y la validez de su develamiento.

TRES. Dada pues aspiración de aplicación, el objeto en relación con su reflexión, está de continuo “poniéndose a prueba”; movilizándolo interminablemente, los diversos niveles en cuestión. Por lo demás, el intercambio indispensable teórico-práctico delata -cuando de lo clínico se trata- que, no sólo se aspira al conocimiento propiamente dicho; se intenta, sobre todo, *afectar* al objeto, más allá de su predeterminada reproducción.

Sin embargo, siendo una condición definitoria del hacer clínico, las pruebas psicológicas como tales, no aspiran por sí solas a tal modificación. No son reconocidas, en sí, como un recurso transformador. Así esto -como se verá luego- no sea del todo válido.

En realidad, cuando se aplica una prueba, sin necesaria asunción de entronque, no sólo teórico-práctico, sino terapéutico, se trata -asumiendo las cosas de la más convencional manera- de la mera prolongación de una tradición clínica; de hecho, de la aplicación de una específica “tecnología”; cuando no, del puro uso de un instrumento.

Es, partiendo de allí como se asumen las pruebas psicológicas; tanto más aún, cuando se trata de instrumentos de medición, antes que de alternativas de diagnóstico (“pruebas proyectivas”).

CUATRO. Por tradición, cuando se habla de “prueba”, se alude a un instrumento siempre y se hace en relación con la obtención de una “muestra”; tomando, desde la precisa demarcación con determinadas herramientas, un fragmento o una pequeña parte, se busca reconocer niveles de inteligencia, de adaptación, de normalidad o de patología, etc.

Sin duda, con ello, se está reconociendo algo que podría parecer menor, de tanto evidente: que una cosa es la lectura de unos datos concretos, fin en sí de la evaluación psicológica -al menos si no se busca complicarse inútilmente-; y otra, el proceso terapéutico mismo. La localización inaugural, de una parte; la transformación creciente, de otra.

Esta circunstancia, nada obvia, nadie podría negar que resulta -en más de un sentido- decisiva. Más aún si se sabe que, siendo una cosa la muestra y otra el instrumento, el poner a prueba comporta integrarlos; pues, con frecuencia y de hecho, hace del paciente instrumento ya, desde donde se develan de continuo, a partir de seleccionadas muestras, las inagotables dimensiones de lo psíquico.

CINCO. Más acá de todo ello, se impone -al aspirar a ligar las convencionales pruebas psicológicas al proceso de conjunto; reasignándoles, en consecuencia, específicos sentidos- redefinir su urgencia; su necesidad; o bien, si fuera el caso, su obsolescencia.

Antes de reunirlo todo en un solo condensado, conviene comenzar por reconocer que, incluso modelos reacios a la aplicación de pruebas (como es a menudo, el psicoanálisis; pero no sólo esta específica terapéutica) no pueden desconocer que la palabra del terapeuta; incluso, su silencio, son instrumentos también, igual que las pruebas psicológicas.

Sólo que suman el ser instrumentos en ejercicio, indispensables a través del proceso terapéutico todo; infaltables allí. Decisivamente ligados al conjunto.

Sin duda, dentro del proceso terapéutico, nada excluye que se dé -y, se reconozca en consecuencia de continuo- el uso de instrumentos que, al poner a prueba lo psíquico, sean verdaderas pruebas psicológicas. Así estas distinciones, ni se hagan ni se consideren mínimamente indispensables.

Como fuese, el sólo aislar un sueño; o, concentrarse sobre una frase, un síntoma, o una relación específica, instrumentaliza el proceso; denuncia, pone en evidencia, el empleo inagotable de recursos; aunque, corrientemente, se les desconozca como pruebas psicológicas propiamente dichas.

SEIS. De otra parte, una consulta en sí, no sólo es siempre “muestra” que se eslabona en la cadena de reuniones que, corriente y artificialmente, se reconocen como un todo discontinuo y, al tiempo, unificado; de hecho, cada consulta aislada es -en el sentido del poner a prueba lo psíquico- una real prueba psicológica, aglutinada desde el ejercicio de lo terapéutico, siempre. Algo que, sólo al refundirse con otras sesiones en una masa indisoluble, parece ajeno a esa condición, tan obvia como habitualmente desconocida.

A nadie se le ocurre negar que esa integración ofrece una inmensa, indiscutible construcción; una gran “muestra” del poner a prueba lo psíquico; sin embargo, finalmente, en tanto asimilado suplemento terapéutico, corrientemente se asume como fusión; como absorción sintética, a partir del modelo psíquico de conjunto.

Lo cierto es que -sólo por la final carencia de una escritura que diese cuenta detallada de ese previo discurrir- parece silenciosamente diluida, sin más, por la vida.

SIETE. El terapeuta “prueba” lo psíquico de continuo. En realidad, de eso trata su lugar.

El paciente, a su vez, “da a probar” con cada intervención suya, una muestra de su psiquismo; igual que cuando se le aplica un Rorschach o se le solicita dibujar una figura humana.

Además, no sólo ha sido el proceso terapéutico todo el tiempo, -más allá de que exista o no escritura explicitadora- una inmensa “muestra”. Sobre todo, el tratamiento es siempre, la instrumental puesta a prueba de lo psíquico, en cuanto *texto* que, desde el paciente, a cada paso, se grafica en el receptáculo -textual a su vez- que es el terapeuta; y que, por esto, desde allí, se capta, se interpreta, se cuestiona, o se descifra (a pesar del silencio mismo).

Lo escritural, sencillamente, está dado; así el terapeuta nunca escriba.

OCHO. Pues bien: ¿no es a su vez la “prueba psicológica” -aún en su dimensión más obviamente instrumental- llamado a dar, como texto, una determinada información?.

¿Qué hace -por decir algo- el Rorschach, que no sea obtener un texto; el cual, sometido a interpretación, arroja un saber a propósito de quien arriesgó sus proyecciones?.

Igual -así, corrientemente, como ya fuera resaltado antes, se esté lejos de reconocerlo- nada excluye que allí, en la aplicación de un Rorschach o de un T.A.T.; como si se tratara de una corta pero honda terapéutica, se dé ya modificación; a veces decisiva e indiscutible, así arbitraria; sin embargo, modificación de lo textual de base; cuestión siempre posible. (Esto lo sabe quien ha aplicado muchas veces este tipo de pruebas -y, sin duda, con ellas otras más que, corrientemente, se suman para una, aún más completa evaluación-).

NUEVE. En verdad, el recurso hipotético de renunciar a los modelos convencionales que apresan el uso y el sentido del “probar psicológico”, hace que se libere la verdadera significación que debieran tener las “pruebas” -que deben tener las pruebas psicológicas- al interior de los procesos terapéuticos.

La pregunta, desde entonces, ha de ser por la modalidad terapéutica que se impone cuando se deja de considerar las “pruebas psicológicas” como un mero instrumento diagnóstico y de medición; y, al tiempo, se reconoce que, el proceso terapéutico, es siempre una operación tecnológica (o tanto más específicamente aún, muestral-instrumental ya, ella misma).

Los psicólogos y las pruebas

UNO. El reclamo por lo más específico presupone que se debiera asumir la -varias veces aplazada, aunque en varios sentidos ya ilustrada- segunda modalidad de las pruebas psicológicas.

En efecto, debe recordarse que, además de los instrumentos de medición que las pruebas psicológicas en principio son, existen las apeladas pruebas psicológicas proyectivas; las cuales, convencionalmente, se concretan y apuntalan en relación con el puro diagnóstico.

Se cuenta para ello, en efecto, con una gran variedad de recursos que discriminan la estructura mental y su mal funcionar; según se trate de problemas de adaptación (escolar, por ejemplo) o, de asuntos más decisivamente particulares (síntomas concretas y constantes; enuresis, problemas de lenguaje, conductas inadecuadas, cuadros extremos de aislamiento, problemas de adaptación y desorden; neurosis de muy diversa índole; psicosis; y, hasta muy precisas y localizadas variantes de la organicidad -lesiones cerebrales, disfunciones y atrofas, tumores, etc.-).

Y, sólo entonces, al mirar todo así, se reconoce que conviene distinguir los recursos clínico-terapéuticos –entre ellos los tests-, cuando se trata, de pacientes en general, o de pacientes específicamente niños.

DOS. Esta última distinción, aparentemente menor, resulta definitoria desde que se reconoce que, antes de que se dieran redondeamientos tan contundentes, responsables de la escisión entre la aplicación de pruebas y las alternativas terapéuticas, las cosas se ordenaron así porque se trataba, primero que todo, de aislar los territorios que demarcaban las profesiones.

En efecto: los psicólogos se asumían -si querían un lugar en la Clínica, dominada por los médicos- como meros evaluadores. La terapéutica era, desde tiempo inmemorial, cosa de médicos. Ser médico era un condición indispensable si se aspiraba a ser terapeuta.

Lo cierto es que, hoy en día esa clave ha sido, más que superada, francamente invertida. Ser médico es condición, acaso, para el ejercicio de la Psiquiatría. Y la Psiquiatría fue siempre Medicina; aún tratándose del alma.

Pero es el psicólogo el más reconocido terapeuta, cuando de lo psíquico se trata; así, de antemano -se insiste- sólo se le hubiere reconocido como mero aplicador de pruebas.

Y, si por algo comenzó el psicólogo -cuando quiso abarcar, al remontar la restringida aplicación de tests, más asignada que asumida- fue por abrogarse el tratamiento clínico-psicológico de los niños.

TRES. Sin embargo, la separación entre aplicación de pruebas y realización de procesos terapéuticos por parte de psicólogos, siempre se mantuvo; simple y llanamente, porque estos últimos asumieron el nuevo territorio, sin incluir la obligatoria reflexión sobre implicaciones teóricas que, desde allí, se desprendían.

Por el contrario, se exacerbó el pragmatismo más extremo; y la teorización, por ende, incrementó a partir de ello su déficit.

Efecto de esa laguna es la ausencia de una propuesta psicológica terapéutica realmente integradora.

La peculiaridad de ese hacer nunca se desplegó, pues se trataba de conquistar un espacio. No de imponer una indiscutible impronta.

En cambio, compensatoria, paradójicamente, el cuerpo de psicólogos clínicos pareciera resultar siempre ganancioso con la creciente empirización de un modelo donde, la eficacia es el valor imperante; y, el desequilibrio que crece entonces -en cuanto alude a la insuficiencia de decisivos aportes teóricos- resulta ser algo que, hoy por hoy, no inquieta mayormente.

La verdad es que, sin saberlo, cada psicólogo -desde su orientación intransferible: conductista, humanista, psicoanalítica- progresivamente se puso de acuerdo con sus colegas; así en cambio, de hecho, peleara duramente con ellos, por escuetas denominaciones y por territorialidades que -la sólo unidad del asunto mismo a tratar- ponía en cuestión.

CUATRO. De otra parte: dado que, por lo general, las claves de aplicación resultaron siempre tan decisivamente contrapuestas, no deja de resultar curioso que -en referencia con el diagnóstico- los psicólogos y los psiquiatras, puedan tan fácilmente coincidir.

La idea de que el diagnóstico sea la captación de una suerte de esencia inalterable de base, de una estructura inamovible, invalida la verdad de algo que sería más adecuado pensar de continuo, como si se tratara de una resultante en constante alteración.

En efecto, el diagnóstico inicial de un caso -debe decirse- no se sostiene necesariamente a través de un tratamiento. Sin duda, es más frecuente que, de manera progresiva, se transforme en la medida en que el proceso terapéutico lo vaya remontando y agotando.

Lo cierto es que -pensando las cosas a partir de la resultante escritural- una primera diferenciación entre Historia Clínica -a la manera médico-psiquiátrica- e Historial Clínico -en el sentido en que lo asumiera Freud- se decide desde la forma misma de incluir o no, estos criterios.

Sabido es que, en el Historial Clínico, el diagnóstico es rastreado hasta el final del proceso. En la Historia Clínica porta una evidencia indiscutida e inaugural.

CINCO. Pues bien: si el ejercicio convencional de aplicación de pruebas proyectivas, conduce al mero diagnóstico -acaso, adelantar con riesgo, algún pronóstico- sin incluir decisivamente el tratamiento, habrá de ser en tanto se asumió desde siempre que, dado que la prueba se aplica al niño, pues tendría que ser éste quien -indefectible y aisladamente- portase la problemática.

Niño y problemática desde entonces, no se diferencian; cuando, bien visto todo, debiera tratarse en primer lugar de esta precisa demarcación.

Por todo ello, se dio por sentado que decir “prueba proyectiva” suponía que la “prueba” le pertenecía al psicólogo y la “proyección” al niño.

Desde la perspectiva trans-disciplinar ofertada aquí, el asunto no puede seguirse enfrentando de esa manera. Pues se trata, como ya fuera reconocido, de la proyección -desde la Ciudad- de una problemática que se habrá de poner a prueba, reconociéndola como plural escenificación urbana.

SEIS. Sin duda, que el niño sea un modo de lo urbano es algo que, inicialmente, resulta insostenible frente a una demanda específica.

Concretamente visto todo, ningún padre que lleva su hijo a consulta se va a contentar con estas demarcaciones y reconocimientos críticos, por justificables que fueran a los ojos del terapeuta o del evaluador.

Pero ello -en la práctica, indiscutiblemente válido- no resuelve ni refuta nada.

La verdad es que esta dificultad resulta, si se le observa bien, francamente pertinente.

No se trata de hacer que el psicólogo y el demandante -quien quiera que fuere- coincidan de entrada, como de hecho, por mera irreflexión o por creciente acomodación mercantil, corrientemente acaece.

Independientemente de que se empleen o no pruebas psicológicas, el papel del psicólogo clínico-transdisciplinar, debiera estar primero en referencia con esta programación: develar, cuánto de modo de lo urbano, se expresa en esa situación que inaugura un determinado proceso terapéutico; y, desde ahí, buscar la ruta de lo singular bloqueado, más allá de la escueta singularidad⁸.

Resulta, al menos, decisivo ello si se busca ser algo más que un mero “testólogo” (como se apelaba anteriormente a los psicólogos, en el mundo de la Clínica Médica).

Es claro: tampoco, como la conciencia, la singularidad fue nunca medida; apenas si excepcionalmente -que se sepa⁹ se le pensó como un tema posible que ameritara, al menos, un capítulo en el conjunto de las indagaciones por las facultades del alma. Ni que decir de asumirlo como el asunto prioritario.

SIETE. La labor del psicólogo comienza pues por la lectura del texto que la problemática - expresada por el niño o por quien fuere- resulta ser; y -si se concreta en un accionar específico; sobre una particular persona; cosa que no está, ni mucho menos, excluida- localizar la ecuación urbana a descifrar que el paciente (en este caso, el niño) es. Asumir a ese niño como el texto donde lo humano reciente se hace urbana escritura.

“Paciente” no puede significar apenas quien soporta con paciencia la mecánica implementación de una tecnología; “paciente”, en realidad, es “padeciente”, si es dado apelarlo así; o sea, quien, antes de ello, viene padeciendo, rebelde o sumisamente, el rigor de determinaciones que, de un modo u otro, siempre le sobrepasan.

Y, si sólo se hace visiblemente “paciente” al ir a un consultorio se trata, a partir de allí, de hacerle agente de su proceso.

Como una incógnita urbana, entonces, que se busca despejar, el niño como tal no es un punto de partida evidente que, sin embargo, se debe indiscutiblemente comenzar cuestionando. Por esa vía no resta otra estrategia de ajustarlo a pre-determinadas demarcaciones. O sea, adaptarlo a un modelo establecido de antemano.

Contra todo cuanto se sostenga, no es visible, apenas desde él, su verdad; antes bien, ella resulta ser el elemento incógnito de un conjunto más basto que le encubre y distorsiona; que le enajena.

⁸ Cuando se dice singularidad, sabido es, se alude a lo que se reconoce como “único e irrepetible” y que, a pesar de inmediato, paradójicamente, no deja de ser incógnito. Lo singular, en cambio, es el ejercicio de esta condición, corrientemente interferida por los poderes que, desde lo social, condicionan el juego de ese despliegue, asfixiándolo y condenándolo al estallido, por la vía de lo sintomático.

⁹ Al respecto, rastrear el tema en la obra de Lacan.

Reconocido, en efecto, como el gancho que propicia el despliegue del desciframiento, el asunto estará, en más de un sentido, afuera suyo; al menos, hasta conseguir que la cuestión se instale en su justo lugar y empiece a iluminar su real singularidad¹⁰.

Si las pruebas aportan a ello, pues bienvenidas sean; pero, sin duda, aún siendo así, es claro que nunca podrá leérseles como corrientemente se acostumbra.

OCHO. Pues bien: ¿cómo lograr tal renovación?.

No va a ser en una corta conferencia que ello se resuelva, por supuesto. Existe una larga ruta que impone pasos desde donde se vaya desandando recorridos muy sólidamente apuntalados, en la habitual praxis que los psicólogos clínicos perpetúan y encarnan.

Pero unas primeras guías pueden, sin duda, proponerse.

Es claro que -para empezar- debe reconocerse que, al final -o sea, pensado como meta- se debería haber dado vuelta al modelo.

No se tratará, por supuesto, de empezar por algo tan literal como pedir al niño que arme su propio Rorschach; o que invente su propio T.A.T.; que incluya de continuo en su tratamiento, el dibujo de la figura humana, o de la familia, o el dibujo libre, o cuanto -adicionalmente- se ocurriera producir. Esto, sin duda, es algo que se hace ya, que se viene haciendo de antemano. Y que, justamente, aquí se quiere decisivamente cuestionar.

Pero sí es necesario que, como fuere, sea el niño quien -progresivamente- diseñe el rastro que permita ubicarle creativamente, en la ruta de su irrepetibilidad.

Hacer del niño el agente de su propio proceso -se ha dicho antes- y no la constatación indiscutible que lo justifica en su lugar de víctima (así fuere apenas, de víctima diagnóstica; o, peor aún, de víctima patológica) es algo que siempre, teóricamente, se sostuvo pero que escasamente se implementó.

NUEVE. Con todo y ello -se podría decir- dado que no se trata de renunciar a una tradición consolidada; asumido que se busca sí, alterar la mirada clínico-psicológica tradicional, tal cual lo decide la perspectiva trans-disciplinar ¿cabe preguntar, qué pruebas serían entonces esas que indagarían por lo singular; por lo nuevo que se niega a surgir, desde estabilizados modos de lo urbano?.

De pronto se hace necesario aún, reconocer diferencia entre las pruebas como tales, en tanto escuetos instrumentos y, lo instrumental propiamente dicho, no necesariamente tangible.

Pues, lo cierto es que, lo instrumental transformador remonta el uso de una mera herramienta desde la incorporación de una técnica; más o menos elemental; más o menos, compleja.

Cada situación, es cierto, comporta la creación, la asunción de un instrumental; si se reconoce que se trata de los recursos que deciden la indispensable modificación del abordaje que, en cada circunstancia, se impone.

DIEZ. Una posición creadora resulta -desde entonces y por supuesto- más certera y obligada que la habitual actitud, sumisa y ciega; reiterativa y mecánica. No la localización de la semejanza dentro de un conjunto de base, abstracto y quieto; por el contrario, la señalada demarcación -no sólo de la singularidad como tal- sino, remontándola, de lo singular impedido. La ubicación progresiva de lo más específico y diferencial, decisivo desde su latencia.

¹⁰ Y se dice real singularidad y no singularidad dada, inmediata, para que se incluya allí la ya mencionada aspiración a lo singular, donde se trata de lo creador impedido más que de lo escuetamente diferente, de antemano presente en toda resultante.

Asumiendo, entonces, como válida la aplicación de pruebas psicológicas, -pues nada hasta ahora lo excluye, desde que se les reconoce como un modo del poner a prueba lo psíquico- no deberá tratarse entonces de un ritual y redondo punto de partida, castrado sin embargo del asunto esencial que apenas preanuncia (el tratamiento propiamente dicho).

Es claro que, si en sentido escueto, las pruebas ponen en marcha el proceso terapéutico, ha de ser en tanto -en realidad- recubren la estrategia de conjunto; el despliegue del proceso todo.

ONCE. Cabe también -desde un polo opuesto- contraponer: ¿por qué no renunciar a la evaluación psicológica, dado que se trata de una reconocida praxis empirista que es, cada vez, más pertinente remontar?.

El afán de radicalidad no debe ocultar otro asunto no menos decisivo y, de continuo, recalcado aquí: todo, tangible o intangible, se juega, en última instancia, desde lo escritural. Repone siempre texto.

Por supuesto -vistas las cosas así- el psicólogo no podría reducirse a ser un mero aplicador de pruebas preexistentes -como de hecho aconteció-, ni un consejero, ni un mediador de los adultos, a quienes el niño debiera progresivamente parecerse -como de hecho acontece-. El verdadero psicólogo, es claro ya, se decide en el constante poner a prueba lo psíquico; tal cual ha de ser siempre cualquier buen terapeuta, viniere de donde viniese.

DOCE. Sin embargo, dado que el psicólogo propiamente dicho, disciplinariamente predeterminando, empezó siendo un evaluador de pruebas, habrá de capturar a partir de allí, la especificidad de su clínico hacer, fusionándolo al conjunto de su estrategia terapéutica, por la ruta más refinada y pertinentemente instrumental; creciendo desde allí en pos del reconocido indagar desde lo escritural, que es cuanto termina siendo lo terapéutico, cuando se reconoce la prelación de lo instrumental.

La escritura deberá guiar, todo el tiempo, hacia la emergencia de lo singular que es pues, la prioridad de lo realmente terapéutico¹¹; o sea, la recuperación de la clave humana intransferible que fuera enajenada, sometida, por la obligatoria inscripción adaptativa a la lógica urbana de las resultantes.

Es la travesía que se impone como indispensable desde que el recubrimiento tecnológico - escritural ya- así lo demanda.

Sólo por esa ruta se hace posible remontar esa -de otro modo-insalvable reclusión. Instrumentalidad terapéutica que libera de la resultante social; del consumo pasivo de habitantes suplementos.

TRECE. Rastreando en los modos de lo urbano la creatividad bloqueada, emergerán modelos irrepetibles, siempre aportantes al desarrollo de esa decisiva habilidad; y que tendrán, por ende, que dejar muestra visible de un aplicar trans-formador.

Es esa la calidad a la cual el psicólogo debe aspirar cuando se asume desde su lugar clínico. Eso que Freud llamara -a pesar del psicoanálisis- “la tarea imposible”.

¹¹ Se impondría una reflexión más honda sobre este tema de lo escritural y su lectura, pues empieza a gastarse el modelo, de tanto como se usa indistintamente. Una lectura del personaje y un desciframiento del mismo, en cuanto escritura consolidada, demanda el reconocimiento de especificidades que, en un texto como éste, apenas se alcanza a anunciar. Es claro, por ejemplo, que el personaje, en el registro onírico, obedece a modelos muy diversos de aquellos que lo determinarían desde la óptica de la vigilia. Y, en ambos casos, el asunto ha sido apenas señalado.

Un texto que se arma por piezas -como un rompecabezas- y que nunca culmina; así se interrumpa, cuando el proceso de ubicación creativa, mínimamente, se consolida. El niño podrá, entonces, empezar a apropiarse de las implicaciones de sus resultantes. Y, el psicólogo, a partir de allí, lo habrá de divulgar, convirtiéndolo en escritura; en Historial. Sin este último y decisivo paso, inevitablemente todo se estacionará –como, de hecho, en la actualidad acontece- en una burocratización creciente del hacer clínico.

Conclusiones

UNO. Rompiendo con el habitual modelo -que escinde el diagnóstico del accionar terapéutico; la evaluación, del desciframiento; el punto de partida, del punto de llegada- el psicólogo estará instalado en ese lugar donde lo demanda la Psicología trans-disciplinar.

Por supuesto: si las pruebas, si el probar lo psíquico, se asumen así, no se tratará apenas de apropiarse de una información sobre lo preexistente; ni el hacerse un perito más de lo previamente diseñado. Conocerlo sí, para remontarlo, para superarlo; para hacer de lo clínico, en cualquiera de sus manifestaciones, cuanto lo clínico siempre debió ser: captura de lo singular que, para ello, suma lo estético; recorrido, de antemano, atrofiado por las demandas de lo social.

DOS. Pues bien, si para ello fuera inevitable el paso institucional; dado, incluso entonces, que se impone formar -más que informar-, deberá tratarse de un armado curricular, de una suerte de post-grado, donde se tome realmente en serio esta exigente reestructuración.

Un doctorado para que se aspire a formar constructores; diseñadores de modelos y estrategias, desde los cuales, se consiga derivar hacia el despliegue de la habilidad clínico-estética; consolidando la capacidad de producción de claves instrumentales, indispensables probadores de lo psíquico; implementando recursos que busquen extraer significativas muestras, desde la interioridad de lo más secretamente textual.

Apuntando al re-entronque constante entre lo teórico, lo práctico y lo terapéutico, a partir de inagotables ejercicios experienciales y, al tiempo, reflexivos; necesariamente escriturales.

TRES. Si bien es indispensable que lo clínico se esté localizando desde que el candidato a psicólogo inicia su proceso profesional, lo cierto es que, su formación en el real poner a prueba lo psíquico, ha de contar con unos recorridos más cualitativos que temporales; no basta con esto que, tradicionalmente, los planes de estudio reducen y resuelven apenas a través de cursos.

Modelos estos, en los cuales -por incrementados y duraderos que sean- nunca se consigue el grado de integración donde dejen de ser eso: meros recursos pedagógico-empiristas, que no logran fusionar lo clínico, lo estético y lo trans-disciplinar.

Por ello, casi resulta preferible que, a nivel de la producción tradicional de psicólogos, apenas si se exploren las pruebas psicológicas en una formación de pre-grado.

CUATRO. En realidad, bien vistas las cosas, aplicar pruebas de modo repetitivo es cuestión de información y experiencia. Tarde o temprano, se podrá terminar siendo perito en eso, a partir de la mera consulta bibliográfica, mínimamente dirigida.

En cambio, el sentido de su aporte; la forma como inciden de modo esencial en el hacer de lo clínico, ha de ser una muy otra cosa.

Formarse -más que en pruebas psicológicas- en el poner a prueba lo psíquico es pues, una de las rutas posibles del hacerse a un lugar en el ejercicio de lo clínico. Una muy pertinente vía para darle a lo clínico-psicológico, la coherencia que demanda y que los modelos convencionales invalidan, sin apenas sospecharlo.

No sobre recalcar: para que ello se realice, lo clínico no puede ser mera especialización aplicativa; deberá acceder, por la ruta de lo trans-disciplinar, a un esencial complemento estético -acaso olvidado pero, no por ello, menos indispensable-. Dado, en efecto, que su fin último es el trans-formar, lo clínico -sin el necesario complemento de lo estético- no podrá, no pudo nunca encontrar su verdadera ruta.

Es por eso que, si bien se lo ve, aquí -de continuo, a menudo de modo reiterativo y acaso insidioso- no se ha hecho más que hacer surgir las implicaciones de estas decisivas condiciones. Sea.